

CLAUDE SERFATI*

El futuro militar-securitario¹

Traducción de Cristina Ridruejo

La obra de Joseph E. Stiglitz y Linda J. Bilmes, La guerra de los tres billones de dólares: el verdadero coste del conflicto de Iraq, publicada en 2008 y traducida al castellano por Taurus, documenta el desorbitado coste de la guerra de Iraq. Obtuvo un éxito enorme en EEUU y nos brinda elementos para reflexionar sobre las relaciones entre el militarismo y el capitalismo en la transición del siglo XX al XXI.

Linda J. Bilmes es profesora en la Harvard Kennedy School. Fue secretaria adjunta de comercio en la Administración de Clinton. Joseph E. Stiglitz recibió en 2001 el Premio Nóbel de Economía. Entre 1995 y 1997 fue responsable del grupo de consejeros económicos de la Administración de Clinton. Entre 1997 y 2000 ha sido vicepresidente y economista jefe del Banco Mundial. No cabe duda de que el perfil y la notoriedad de ambos autores explican parte del éxito de dicha obra, que ofrece un minucioso informe de los costes generados por el militarismo del Gobierno de George W. Bush. No obstante, cabría destacar otros factores más relevantes para explicar el interés por esta obra por parte de un amplio número de lectores.

Claude Serfati es profesor de Economía en la Universidad de Saint Quentin en Yvelines

Entre ellos podríamos citar el derrumbe progresivo del ejército estadounidense en Iraq, la creciente oposición de la población norteamericana –en un sondeo realizado el día de las elecciones presidenciales (4 de noviembre de 2008), el 63% de los encuestados no aprobaba la intervención, frente al 36% que estaba a favor–, así como las dificultades que ya estaban sufriendo los hogares estadounidenses bastante antes del desarrollo de la crisis financiera, desde el verano de 2007.

* Claude Serfati es autor, entre otros libros de: *Le déséquilibre de la terreur: la mondialisation armée*, Textuel, 2001, *Impérialisme et militarisme: actualité du XXI^e siècle*, Editions Page deux, 2004, «Le rôle du pouvoir militaire des Etats-Unis dans la mondialisation», en Philippe Hugon y Charles-Albert Michalet, *Les nouvelles régulations de l'économie mondiale*, Karthala, 2005; dirigió la publicación de la obra *Mondialisation et déséquilibre Nord-Sud* (dir.), P.I.E.-Peter Lang, Bruselas, 2006, y coordinó la de *Une économie politique de la sécurité*, Karthala, 2008.

¹ Derechos de traducción cedidos por el autor. Traducido de «L'avenir du militaire-sécuritaire», *La Brèche*, marzo de 2009.

Además, y sin por ello restar mérito al trabajo de Bilmes y Stiglitz, recordemos que otros artículos y documentos de trabajo han empleado una metodología muy similar para examinar, desde 2002, los costes de los distintos escenarios de guerra. Citemos en particular el trabajo de William Nordhaus, quien, como suele ocurrir en EEUU, ha compaginado a lo largo de su carrera la actividad universitaria con la de consejero en la Administración y en el Congreso. Unos meses antes de que se desencadenase el conflicto había examinado varias posibilidades y sus respectivos costes. En función de los efectos favorables o no de dicha guerra (en lo relativo al precio del petróleo, a la rápida recuperación del crecimiento, a los costes de la ocupación y la reconstrucción, etc.), Nordhaus estimaba que el coste total para el periodo 2003-2012 variaría entre unos 121.000 millones de dólares y aproximadamente un billón y medio.²

Una constatación abrumadora

Bilmes y Stiglitz proponen evaluar los distintos efectos de la guerra de Iraq sobre un periodo de quince años (2003-2018). Toman en cuenta los gastos presupuestarios reales, que superan los montos asignados oficialmente para la prosecución de la ocupación de Iraq. Contabilizan después los costes macroeconómicos generados por la guerra. Por último, señalan, sin profundizar en la cuestión, que los costes soportados por el resto del mundo ascienden igualmente a unos 3 billones de dólares. En la mejor hipótesis, los costes presupuestarios para EEUU (dejando aparte el pago de intereses de la deuda) ascenderían a 2,3 billones de dólares, y en la hipótesis “realista-moderada” a 3,5 billones.

Cuando se integran otros costes económicos, el importe alcanza los 5 billones de dólares para EEUU. En otras palabras, el total de gastos, a condición de que se comience la retirada en 2009, inmediatamente después de la victoria de Obama, debería alcanzar los 3 billones de dólares (2008), cosa que representa para ese largo periodo una media de 25.000 millones de dólares al mes, equivalente a 330 dólares por familia de 4 miembros.

Tales datos distan mucho de las estimaciones realizadas por la Oficina de Presupuesto del Congreso (CBO), organismo formado por los dos partidos que estimaba en 2002 que el coste suplementario de la ocupación podría oscilar entre 1.000 y 4.000 millones de dólares al mes.³ Los distintos costes, presupuestarios y económicos, se resumen a continuación.

² «The Economic Consequences of a War with Irak», Universidad de Yale, 29 de octubre de 2002. Se publicó una versión resumida en *The New York Review of Books*, vol. 49, núm. 19, 5 de diciembre de 2002.

³ El 30 de septiembre de 2002, <http://www.cbo.gov/doc.cfm?index=3822&type=0>.

Reorientación del gasto

El lunes 6 de abril de 2009, el secretario de Estado de Defensa, Robert Gates, presentó una reorientación del gasto en armamento, poniendo el énfasis en los gastos vinculados a guerras «contra-insurreccionales» como las llevadas a cabo en Iraq o Afganistán, frente a las «guerras tradicionales». Ello implicaba recortes en algunos encargos efectuados a grandes firmas de armamento. En cambio, se preveían nuevos gastos de miles de millones de dólares (en vehículos aéreos por control remoto, equipo electrónico para cada soldado, etc.) para las guerras de Iraq, Afganistán y otras análogas en el futuro (*New York Times*, 7 de abril de 2009).

El *Wall Street Journal* (7 de abril de 2009) señalaba que: «El gasto en defensa prácticamente se ha duplicado desde los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001 [...] hasta las propuestas de la presidencia de Obama para 2010».

Los costes presupuestarios

El Congreso vota cada año unas líneas presupuestarias específicas para las guerras de Iraq y Afganistán. A finales de 2008, el Gobierno estadounidense habrá gastado más de 800.000 millones de dólares en operaciones militares en Iraq y en Afganistán.

Y, sin embargo, dicho gasto no representa más que una pequeña parte respecto al conjunto de los costes presupuestarios de la guerra.

Los autores mencionan algunos “gastos ocultos”. Son numerosos y están diseminados. Por ejemplo, los agentes de seguridad contratados por el Departamento de Defensa (DoD) para proteger a los 100.000 empleados de las empresas militares privadas que están presentes en Iraq suman un gasto anual de casi mil millones de dólares más. El aumento del gasto público también se puede imputar a la subida del precio del petróleo y de otros productos intermedios que forman parte de los gastos de funcionamiento de los distintos presupuestos ministeriales.

Igualmente, se puede mencionar el coste del reclutamiento de jóvenes, cada vez más reacios a ir a la guerra. Este ha pasado de 14.500 millones de dólares en 2003 a 18.842 en 2008. Ni siquiera con la subida salarial de los soldados (+28% desde 2003) y la paga doble «por motivos particulares», necesarias para lograr acrecentar el reclutamiento, ha sido suficiente. Los autores indican que el Departamento de Defensa modificó los criterios de reclutamiento para que pudieran ir a Iraq jóvenes con antecedentes penales.

Especial

No obstante, estos gastos parecen casi insignificantes en comparación con los dedicados a los veteranos –un capítulo del libro trata este tema– y con el reembolso de la deuda pública contratada para financiar la guerra. En 2005, el presupuesto federal destinaba 34.500 millones de dólares a pensiones de invalidez de guerras anteriores. Montante que iba a aumentar considerablemente.

Efectivamente, los estudios sobre las lesiones físicas y los traumas psicológicos son especialmente alarmistas. Por el momento, el 10% de los soldados (alrededor de 1.400.000) precisan un tratamiento que se prolongará durante décadas. Su coste estimado, en dólares en 2007, es de 4.300 millones. Y seguirá creciendo inexorablemente.

En las guerras de Vietnam y Corea, la ratio de heridos por número de fallecidos era respectivamente de 2,6 y 2,8. En las guerras de Afganistán y de Iraq la ratio es superior a 7. Así pues, para el periodo 2003-2015 el presupuesto federal deberá asumir entre 422.000 y 577.000 millones de dólares.

El coste de la deuda pública, que los autores no incluyen en el total, también debe tenerse en cuenta. La Administración de Bush decidió organizar una reducción masiva de impuestos –que se concentran esencialmente en la parte más rica de la población– en un momento en que el gasto militar aumentaba considerablemente. Por consiguiente, los recursos fiscales del Estado federal en proporción al PIB disminuyeron un 1% entre 2001 y 2008. De manera que esta es la primera guerra que EEUU ha financiado por completo mediante deuda pública. La segunda guerra mundial se financió a partes iguales por medio de préstamos y de impuestos. La guerra del Vietnam se financió el 75% por impuestos y el 25% por préstamos.⁴

Bilmes y Stiglitz estiman que el valor actual de la deuda total contratada entre 2003 y 2017 es de un billón de dólares, de los cuales el 80% es imputable a la financiación de las guerras de Iraq y de Afganistán. Un informe del Congreso confeccionado por los dos partidos y aparecido recientemente es aún más pesimista. El monto total de la deuda imputable a la financiación de las guerras alcanzaría la cantidad de 1,7 billones de dólares.

El total acumulado de intereses para el periodo 2003-2017 debería situarse en torno a los 550.000 millones de dólares en caso de una retirada masiva de las tropas estadounidenses.⁵

⁴ R. D. Hormats, «The Costs Of The Irak War», Conferencia ante el Comité Económico Mixto del Congreso, 22 de febrero de 2008.

⁵ Charles E. Schumer, Carolyn B. Maloney, «The Total Economic Costs of the War Beyond the Federal Budget», febrero de 2008.

Por último, hay que añadir otros costes presupuestarios significativos. Así, la renovación de materiales destruidos costaría entre 125.000 y 300.000 millones de dólares.

Los costes macroeconómicos

En esta rúbrica, Bilmes y Stiglitz mencionan cierto número de canales mediante los cuales se ejercen efectos negativos sobre la economía estadounidense. Podemos mencionar dos de ellos.

El primero está relacionado con el aumento del precio del petróleo imputable a la guerra. Los autores consideran que es del orden de 5 a 10 dólares por barril. En la hipótesis menor (5 dólares), esto representa un incremento en la factura petrolera de 25.000 millones de dólares al año. En vista de que tales sumas se destinan a los países productores, disminuyen el poder adquisitivo de los consumidores y por ende la demanda interior. La demanda extranjera hacia empresas estadounidenses también sufre una contracción, ya que los demás países también se ven afectados por los efectos de la subida del petróleo. Las estimaciones de la fluctuación del precio del barril difieren según los economistas. Bilmes y Stiglitz consideran que un incremento en la factura del petróleo de un monto de 25.000 millones de dólares acarrea una reducción de la demanda interna (para las empresas situadas en EEUU) de 37.500 millones de dólares.⁶ La bajada del precio del petróleo —el barril de crudo llegó a estar por debajo de los 70 dólares en octubre de 2008, mientras que en julio de 2007 estaba a 147— no suprime dicho efecto negativo. Los autores citan estudios que muestran que los efectos no son simétricos: el regreso del precio del petróleo a su nivel inicial no restablece la demanda interna a su nivel anterior.

El segundo canal se refiere al gasto que el Gobierno dedica a la guerra. Dicho gasto no tiene el mismo efecto multiplicador en la economía nacional que el que se destina a investigación universitaria. Así pues, con bastante prudencia se puede estimar que el empleo de los gastos de la guerra (800.000 millones de dólares para el periodo 2003-2015) en objetivos civiles aumentaría el PIB en 320.000 millones de dólares.

Un debate bien recibido

La única ambición de los autores es mostrar lo caras que han salido las guerras llevadas a cabo por la Administración de Bush desde el punto de vista económico, y se unen explíci-

⁶ Así pues adopta un efecto multiplicador de 1,5. El concepto de efecto multiplicador de un gasto fue popularizado por Keynes (aunque había sido enunciado anteriormente por Kahn). La idea (simple) es la siguiente: un gasto realizado en un país A constituye un ingreso para los vendedores, que a su vez van a gastarlo en bienes de consumo, y el proceso continúa. La

Especial

tamente a los que han denunciado el precio político que ha tenido que pagar EEUU en el ámbito internacional.

La obra de Bilmes y Stiglitz no está exenta de sesgo. No ocultan su hostilidad frente a la guerra de Iraq. Su informe salió a la luz con bastante apoyo, y no se toparon con muchas críticas.

Algunos economistas neoclásicos han propuesto retomar el viejo método costes-beneficios que está en la base de sus teorías. Un economista próximo a los neoconservadores afirma que el coste de la contracción de la actividad económica a lo largo de los doce meses siguientes a los atentados del 11 de septiembre de 2001 se puede estimar en 225.000 millones de dólares. Así pues, hay que tener en cuenta que, cuando se extrapolan dichos costes al periodo 2003-2008, la «suma ahorrada en ese periodo gracias a que se han evitado atentados terroristas asciende a 1,673 billones de dólares», esto es, lo mismo que el coste de la guerra de Iraq estimado por Bilmes y Stiglitz en la mejor hipótesis para el mismo periodo (2003-2008).⁷ ¡Sólo tales economistas son capaces de vincular la ocupación militar de Iraq y el hecho de evitar atentados en el corazón de Nueva York!

Martin Feldstein, consejero de los candidatos republicanos, expresidente del National Bureau of Economic Research (NBER, el instituto de investigación económica más importante de EEUU) y por añadidura director de AIG (American International Group) –la primera compañía de seguros mundial que quebró en septiembre de 2008 y que fue reflotada con más de 90.000 millones de dinero público entre septiembre y diciembre de 2008, y otros 30.000 millones más en marzo de 2009–, considera que el Pentágono está infrafinanciado. Feldstein opina que la preocupación sobre los efectos negativos del gasto militar no tiene fundamento, ya que la ratio gasto militar/PIB es muy baja tomando las 6 últimas décadas. El nivel que alcanzó la Administración de Reagan (6%) le parece una buena referencia y un objetivo a alcanzar.⁸

Otros economistas, en el marco de un estudio llevado a cabo por el NBER, estiman que los costes a largo plazo asignados al control del régimen de Saddam Husein eran casi tan importantes como los costes previstos para la intervención militar y el cambio de régimen.⁹

amplitud del efecto multiplicador en el país A depende de la parte del ingreso que se dedique al consumo (siendo la otra parte la dedicada al ahorro). Cuando el país A está abierto a intercambios internacionales, las "fugas" que limitan el efecto multiplicador en el país se producen cuando la demanda de bienes se orienta al extranjero. No obstante, los ingresos que extraen los exportadores de los países extranjeros B, C, D, etc., pueden a su vez generar una demanda de cara al país A.

⁷ W. W. Beach, «Discussion of the Costs of the Irak War», Conferencia ante el Comité Económico Mixto del Congreso, 12 de junio de 2008.

⁸ M. Feldstein, «The Underfunded Pentagon», *Foreign Affairs*, vol. 86, núm. 2, marzo/abril de 2007.

⁹ Steven J. Davis, Kevin M. Murphy y Robert H. Topel, «War in Irak versus Containment», Documento de trabajo 12092, National Bureau of Economic Research (marzo de 2006).

Se puede dejar de lado esa clase de críticas cuyo sesgo ideológico es evidente y subrayar, en contraste, el interés de la obra de Stiglitz y Bilmes. Desde el punto de vista empírico, ofrece un espectro bastante amplio de los efectos directos e indirectos, algunos de los cuales son, por lo demás, no cuantificables. También omite otros muchos. Tiene mérito igualmente desde el punto de vista metodológico. Se distancia entre otros de los análisis macroeconómicos que se realizaron en los años 1960 y 1970 y que se basaban en modelos mucho más simples.

Desde la segunda guerra mundial el militarismo se ha convertido en un elemento central de la reproducción del capitalismo estadounidense. No se han subrayado los costes económicos y políticos de este planteamiento hegemónico

Los efectos multiplicadores del gasto público, inspirados en la teoría keynesiana, no solían distinguir entre el gasto militar y el gasto presupuestario civil (con finalidad económica y social). El objeto de estudio principal eran los efectos a corto plazo, y cualquier gasto se puede considerar generador de un efecto multiplicador (tal hipótesis persiste en la mayoría de los modelos macroeconómicos).

En cambio, no se tenían en cuenta los efectos estructurales y a largo plazo, ni tampoco el cercenamiento que efectúan los gastos militares sobre los recursos existentes.

La influencia keynesiana era tan fuerte, que parte de los marxistas la integraban en sus análisis y subrayaban a su vez los efectos estimuladores del gasto militar y de la guerra en el crecimiento económico.¹⁰

Economía política de un imperialismo hegemónico

Es preciso estudiar las relaciones entre la guerra y el capitalismo desde el punto de vista histórico; sus modalidades han cambiado en varias ocasiones desde la fase de expansión imperialista de finales del siglo XIX.¹¹

Así, desde la segunda guerra mundial el militarismo se ha convertido en un elemento central no sólo de la reproducción del capitalismo estadounidense, sino también del “mundo

¹⁰ P. Mattick era el principal opositor a las distintas variantes de los enfoques keynesianomarxistas del gasto militar muy extendidos entre los marxistas en las décadas de posguerra.

¹¹ Sobre este asunto, véase mi libro *Impérialisme, militarisme. Actualité du XXIe siècle*, Page 2, 2004.

libre". Las ventajas –cuando no privilegios– que se extraen de tal posición de garante del orden mundial se han subrayado abundantemente en la literatura. Pero, tradicionalmente, no se ha abordado en la misma medida la cuestión de los costes económicos y políticos de este planteamiento hegemónico (prueba de su existencia es el rechazo masivo en el mundo de la guerra de Iraq). El libro de Bilmes y Stiglitz, centrado en la guerra de Iraq, ofrece la ocasión de volver a incidir en dichas cuestiones en el contexto de este principio del siglo XXI.

La segunda guerra mundial inauguró un nuevo periodo histórico. Ciertamente, las rivalidades interimperialistas no solo no han desaparecido sino que en varias ocasiones se han espoliado. No obstante, en el contexto de los conflictos que ocasionó el lugar que ocupaba la URSS, las luchas anticolonialistas por la independencia nacional y los movimientos de la clase obrera que contestaban directamente el orden social en los países desarrollados, EEUU asumió un papel hegemónico. Lo cual significa que no solo ejercía predominio sobre los demás imperialismos gracias a su aplastante superioridad militar, sino que era aceptado por ellos.

Desde el punto de vista económico, tal situación confiere a EEUU unas ventajas inigualables, de entre las cuales el papel del dólar y el atractivo de los mercados financieros estadounidenses, como "remansos de seguridad", son, sin duda, los índices más importantes. La "seguridad" del abastecimiento de petróleo y los beneficios que extraen las grandes compañías petroleras son otra ventaja, pero no son propiedad exclusiva de EEUU. La persistencia de tropas francesas en África (donde están presentes más de 4.000 soldados franceses) y las intervenciones militares que siguen llevando a cabo también están asociadas con la presencia "histórica" de intereses petroleros (y nucleares) franceses en ese continente. Por último, los beneficios que extrae el sistema de la industria militar son evidentes.

La contrapartida de dichas ventajas se deriva de la enormidad de los costes financieros generados por el gasto militar y las guerras, así como del coste político que hay que pagar por ser el "gendarme del mundo". De nuevo en este tema, la postura de Francia en las relaciones internacionales ha contribuido a la consolidación del complejo militar-industrial. La presidencia de Nicolas Sarkozy confirma tal voluntad. La especialización industrial de Francia en industrias de defensa y seguridad produce igualmente efectos costosos sobre su competitividad y sobre el gasto público.¹²

¿Una guerra contra la recesión?

Las investigaciones académicas que se llevaban a cabo en EEUU sobre el impacto del gasto militar y de la producción armamentística en la innovación tecnológica prácticamente

¹² Véase mi artículo «L'insertion du capitalisme français dans l'économie mondiale», *Revue La brèche/Carré rouge*, núm. 2, marzo-mayo de 2008.

desaparecieron a finales de los años noventa. El gran incremento del gasto militar que realizó la Administración de Bush no reavivó ese debate, sino que más bien lo derivó hacia los temas abordados en el libro de Bilmes y Stiglitz, así como hacia los efectos del gasto militar sobre el crecimiento macroeconómico.

Algunos análisis consideran que el incremento del gasto militar, comprometido desde 2001 (por tanto, antes de la guerra de Iraq) estimuló la economía estadounidense en un momento en que se hallaba en recesión (de hecho, según los criterios del NBER –dos trimestres consecutivos de retracción del PIB– la recesión tocó a fin en noviembre de 2001). Algunos keynesianos “ortodoxos” y premios Nóbel se han inclinado por esta explicación.

James Tobin aplaude el aumento del gasto militar en cuanto se aprueba. Incluso pide la aceleración de un programa que «gracias a una feliz casualidad será un excelente estimulante antirecesivo de la demanda».¹³

Con él coincide Paul Krugman, premio Nóbel de 2008 y crítico de la Administración republicana. Este último declaró, en febrero de 2008: «Bush tiene razón al menos en una cosa que ha dicho: creo que la guerra podría ser positiva en términos de creación de empleo». Krugman prosigue: «Yo diría, de hecho, que los orígenes de la expansión económica de 2003 a 2007 son del orden de la especulación inmobiliaria, la guerra, y ciertamente en tercer lugar la reducción de los impuestos». Krugman se atiene a las afirmaciones de Keynes según las cuales cualquier gasto público –incluyendo los más inútiles– ejerce un efecto multiplicador en el crecimiento, en la demanda y, por ende, en el empleo.

En cambio Lawrence Klein, cuyos trabajos econométricos han reforzado la ortodoxia keynesiana, no pone en cuestión que el gasto militar tenga efectos positivos a corto plazo sobre la demanda (empleo e ingresos), pero afirma que sus efectos negativos pesan más, ya que no aumentan ni la formación de capital industrial ni la productividad global de la economía estadounidense.¹⁴ Algunos estudios econométricos que distinguen el impacto a corto y a largo plazo concluyen que se producirá un estímulo del PIB y del empleo en los primeros años, pero la pérdida de empleos predomina claramente al cabo de cinco años, y se conjuga con otros efectos negativos (tasas de interés empujadas al alza por el agravamiento del déficit presupuestario, déficits acentuados en la balanza de pagos por cuenta corriente, etc.).¹⁵

¹³ James Tobin, «Macroeconomic Strategy in Wartime» (marzo de 2002), *Challenge*, abril de 2002. Disponible en SSRN: <http://ssrn.com/abstract=311551>.

¹⁴ Lawrence R. Klein, «The Peace Dividend», documento presentado en un encuentro de la Asociación de Economía de América Latina y el Caribe, Costa Rica, 4 de noviembre de 2004.

¹⁵ Dean Baker, «The Economic Impact of the Irak War and Higher Military Spending», Center for Economic and Policy Research, mayo de 2007.

Robert Pollin y Heidi Garrett subrayan que los “efectos de arrastre” del gasto militar son escasos; en cambio, demuestran, empleando una metodología próxima al enfoque de Bilmes y Stiglitz, que un gasto civil equivalente empleado en educación, sanidad, infraestructuras y energías renovables permitiría la creación de entre 50% y 100% puestos de trabajo más. Así, en 2007 los gastos derivados de la guerra de Iraq (137.000 millones de dólares) habrían costado un millón de puestos de trabajo.¹⁶

Al margen del pensamiento económico dominante y en un marco de análisis marxista, James Cypher, de la Universidad del Estado de California, defiende un punto de vista más atrevido en relación con los efectos dinámicos del gasto militar en el capitalismo estadounidense. Destaca que el gasto social sufrirá las consecuencias, pero que «con toda certeza, el nuevo incremento del gasto militar no provocará ningún efecto de contracción de la inversión privada, sino que estimulará la misma, así como la innovación tecnológica».¹⁷

Los editores de la *Monthly Review* consideraban que EEUU, aparte de los objetivos de consolidación de su liderazgo mundial, podrían encontrar en la guerra de Iraq un medio para salir de la recesión, a pesar del carácter incierto de esta solución.¹⁸ Desde otro punto de vista, Gérard Duménil y Dominique Lévy rechazaban la idea de que EEUU no tuviera medios para financiar la guerra. En su opinión, teniendo en cuenta el grado de autonomía con que cuenta el militarismo, EEUU podría aumentar su gasto militar independientemente de la coyuntura económica.¹⁹

Ventas de armas

Las compañías armamentísticas: el top ten de las ventas en 2006 (en millones de dólares)

1. Boeing (EEUU) 30.690
2. Lockheed Martin (EEUU) 28.120
3. BAE Systems (RU) 24.060
4. Northrop Grumman (EEUU) 23.650
5. Raytheon (EEUU) 19.530
6. General Dynamics (EEUU) 18.770
7. EADS (Fra., Ale., Esp.) 12.600

¹⁶ Robert Pollin y Heidi Garrett-Peltier, «The U.S. Employment Effects of Military and Domestic Spending Priorities», Octubre de 2007, Documento de trabajo 151, Political Economy Research Institute, Universidad de Massachusetts.

¹⁷ James M. Cypher, «Return of the Iron Triangle: The New Military Buildup», Dollars and Sense, enero-febrero de 2002, <http://www.dollarsandsense.org/archives/2002/0102cypher.html>.

¹⁸ The Editors, *Monthly Review*, Diciembre de 2002, «U.S. Imperial Ambitions and Irak» <http://www.monthlyreview.org/1202editor.htm>.

¹⁹ Gérard Duménil y Dominique Lévy, «Néolibéralisme-Néomilitarisme», *Actuel Marx* 2003/1, núm. 33.

8. L-3 Communications (EEUU) 9.980
9. Finmeccanica (I) 8.990
10. Thales (F) 8.240

Fuente: Sipri Yearbook, Oxford University Press, 2008. (Reed.)

Gasto militar

Gasto militar (2007): el top ten en millones de dólares constantes 2009)

1. Estados Unidos 660.000
2. China 144.500
3. Rusia 85.300
4. Reino Unido 65.800
5. Francia 63.100
6. Alemania 43.800
7. Japón 42.700
8. Italia 39.300
9. Arabia Saudí 36.900
10. Corea del Sur 27.600

El total de gasto en armamento para 2007 se estima en 1,56 billones de dólares.

Fuente: Center for Arms Control and Non-Proliferation, 26.2.2009. (Réd.)

Situar la guerra en un contexto más amplio

La «guerra contra el terrorismo» lanzada desde 2001, basada en un enorme incremento del presupuesto militar y en el comienzo de dos guerras (Afganistán e Iraq) se ha interpretado como un reflejo del poder hegemónico de EEUU. Con la desaparición de la URSS quedó despejado el horizonte geopolítico para la mencionada “superpotencia”, y su papel económico dominante había quedado confirmado por la expansión económica de los años noventa (la “nueva economía”) y por la capacidad de EEUU de “esquivar” la crisis de 1997-1998 cuyo impacto fue evidente en los países asiáticos (con excepción de China) y de América Latina. En el contexto del principio de la primera década del siglo XXI, la decisión de emprender la guerra de Iraq, después de la de Serbia (1999) y la de Afganistán (7 de octubre de 2001), pareció constituir el punto culminante de la hegemonía estadounidense.

Un análisis más detallado, frente a un determinismo rígido, permite observar que la vía impulsada por el Gobierno de Bush es el resultado de un conjunto de factores que dicha Administración había aprovechado. Podemos citar los siguientes: los intereses petroleros; la

Especial

«remodelación de Oriente Medio», por emplear la expresión de Colin Powell, entonces secretario de Estado, al comienzo de la guerra; la obsesión neoconservadora dominante en el equipo presidencial, orientada a imponer por las armas «el eje del bien»; el papel del complejo militar-industrial, regenerado y estimulado durante los años noventa por el continuo interés de los fondos de inversión, de los analistas financieros y de “los mercados”; el intento de distraer la atención de la recesión y de los escándalos financieros del estilo de Enron (en los que el “clan” Bush, así como los responsables del Pentágono, fueron acusados directamente). Todos estos factores han contribuido a que la estrategia de W. Bush se basara aparentemente en una “racionalidad” sólida (en razones).

La decisión de llevar a cabo esa guerra también reflejaba cierto grado de “aventurerismo”. Así pues, hay que liberarse una vez más del binomio “infraestructura”/“superestructura” que constituyó el núcleo del análisis dominante del marxismo y que está marcado por un fuerte determinismo.

Ante la pregunta planteada por François Chesnais sobre el aventurerismo de la decisión de desencadenar la guerra de Iraq, contesté afirmativamente. Mi perspectiva se apoyaba en la percepción que tenía de la coyuntura histórica generada a lo largo de los años ochenta y noventa y que dio lugar a una nueva configuración del imperialismo.

Si en efecto la guerra de Iraq (y la de Afganistán) había sido, parafraseando a Kronpinz, «*fraîche et joyeuse*», y a su fin el petróleo había emanado al ritmo esperado, si al comienzo de década la situación económica estadounidense era deslumbrante... advertiremos hasta qué punto esta guerra recuerda a las del colonialismo del siglo XIX que permitieron que algunos países (principalmente) europeos consolidaran su control directo sobre los recursos naturales y sobre una mano de obra cuya situación se asemejaba a la esclavitud. No obstante, frente a tales conjeturas que multiplican los “si”, el diagnóstico de la situación que se podía formular, en mi opinión, a principios de los años 2000, era el siguiente:

1.º La globalización dominada por el capital financiero –respaldada por políticas macroeconómicas llevadas a cabo por los gobiernos de los países desarrollados y coordinadas por las instituciones financieras internacionales (FMI, Banco Mundial) y la OMC– ha engendrado una situación profundamente incua e inestable. La extensión del dominio del capital a escala mundial pone en peligro las condiciones físicas y medioambientales de la reproducción de la vida, empezando por la de las poblaciones “inútiles” para el modo de producción y de consumo dominante.

2.º EEUU no tiene ni los medios ni la voluntad de gestionar el caos ocasionado por la globalización del capital. La posición contraria a la guerra de Iraq expresada por el Gobierno

francés y por algunos otros países desarrollados (con la notable excepción de Gran Bretaña) no tenía nada que ver con preocupaciones de índole humanitaria. Exactamente en el mismo momento en que Dominique de Villepin pronunciaba en la ONU su discurso del 14 de febrero de 2003, Francia efectuaba un despliegue impresionante de tropas en África.

Las rivalidades antiimperialistas, así como las posturas de Rusia y China, limitaron igualmente las pretensiones de “unilateralismo” por parte de EEUU. Su potencia militar arrasó a Saddam Husein, pero no fue capaz de reorganizar un “nuevo orden” regional sobre bases estables.

La cuestión del petróleo resume en parte dicha situación. Los grupos franceses y rusos tenían prioridad en los contratos de prospección que Saddam Husein a finales de la década de los noventa. Los estadounidenses y británicos lograron introducirse en Iraq y extrajeron grandes beneficios de ello. Sin embargo, tanto en EEUU como en otros lugares, el aumento del precio del petróleo constituyó un factor acelerador del desastre de la industria automovilística estadounidense, centrada en vehículos de elevado consumo de carburante. De una manera más general, contribuyó a la degradación de la economía estadounidense, como subrayan Bilmes y Stiglitz. A la luz de la evolución de estos últimos años, se entiende con qué precaución se ha de manejar el argumento “petróleo”, que tanto se ha empleado para “explicar” la guerra.

3.º Por último, hay que volver a incidir en el contexto económico en el que se desarrollaron la guerra y posteriormente la ocupación de Iraq. Desde el punto de vista del “ciclo industrial” o ciclo de los negocios (*business cycles*),²⁰ el periodo 2001-2006 se puede clasificar sin lugar a dudas como una fase de expansión.

De manera que la salida de la recesión y el crecimiento económico consiguiente fueron concomitantes con el extraordinario aumento del gasto militar entre 2001 y 2008: de 333.000 a 706.000 millones de dólares, es decir, un aumento de más del 110% en dólares corrientes. De hecho, dicha fase de expansión no ha hecho otra cosa que enmascarar provisionalmente la trayectoria a largo plazo orientada hacia el brutal desenlace de las grandes contradicciones.

Incluso desde el punto de vista de los indicadores “clásicos” del ciclo, el periodo 2003-2007 fue ciertamente un periodo de expansión, pero igualmente modesto en ciertos aspectos. Para empezar, en un enfoque por ciclos, algunos indicadores macroeconómicos y sociales (PIB, consumo familiar, inversión industrial, patrimonio, ingresos salariales, tasa de empleo y beneficio empresarial) indican que el crecimiento en el ciclo 2002-2007 es menor que el observado en los periodos de crecimiento de las cuatro décadas anteriores.

²⁰ En principio corresponden a una duración de 7-8 años y están relacionados con los flujos de inversión industrial.

De hecho, en cuanto a crecimiento del PIB, EEUU estuvo por encima de la media de los países de la OCDE únicamente durante el periodo de 2003 a 2005 (diferencia acumulada: 1,4%), pero por debajo de la misma desde 2006 (diferencia acumulada entre 2006-2008 de 1,3% desfavorable para EEUU). En realidad, los beneficios empresariales son el único indicador que se sitúa en un nivel superior al de las otras fases de expansión.²¹

Hay que insistir en ese indicador que marca la excepción. El aumento considerable de la tasa de explotación de la clase obrera –ilustrado por la fuerte disminución de la parte de los salarios y el incremento de la parte de los beneficios en el valor añadido en todos los países capitalistas desarrollados– constituye uno de los rasgos distintivos de estas dos últimas décadas.

El aumento de la tasa de explotación ha permitido que la tasa de beneficio se mantenga en niveles elevados gracias al incremento de la productividad del trabajo derivado de la extensión de las tecnologías de la información, pero también por el incremento de la intensidad del uso de la fuerza de trabajo, distinta de la anterior pero complementaria a la misma y permitida por el «taponamiento de los poros de la jornada laboral».²² El aumento de beneficios de las compañías estadounidenses se ha alimentado igualmente del creciente reintegro de beneficios desde China. En este caso, son los efectos directos y a gran escala de la extensión de la acumulación originaria lo que requiere el uso directo de la coerción y la violencia en las relaciones de producción. La entrada de China en la división internacional del trabajo en calidad de “fábrica del mundo” se apoya en el empleo masivo de la violencia, necesario para llevar a buen puerto la expropiación de decenas de millones de campesinos y transformarlos en mano de obra sobreexplotada. Oficialmente, desde 1980 han sido expropiados 120 millones de campesinos.

No obstante, en EEUU la tasa de beneficio empezó a declinar antes del principio de la crisis financiera (en el verano de 2007).²³ La ratio de rentabilidad, definida como la relación entre los beneficios de empresas no financieras y el *stock* de capital fijo, alcanzó un pico en 2005. Después empezó a descender. Dicha caída se aceleró al deshincharse los beneficios financieros (intereses) y bursátiles (ganancias en plusvalías) percibidos por los grupos estadounidenses.²⁴

²¹ A. Aron-Dine, Ch. Stone y R. Kogan, «How Robust Was the 2001-2007 Economic Expansion?» Center on Budget and Priority Policies.

²² K. Marx, *Libro Primero. El proceso de producción del capital*, tomo 1, vol. 2, Siglo XXI, p. 499.

²³ Se trata de los beneficios del sector empresarial (*US corporate sector profits*) medidos por el Bureau of Economic Analysis de los Estados Unidos (BEA). La tendencia es la misma para el índice S&P de beneficios (*operating earnings*), cuyo punto de retorno a la baja comienza en septiembre de 2006. Algunos economistas consideran que dicho índice no es suficientemente significativo.

²⁴ Por ejemplo, los beneficios de entidades específicas creadas para evitar la doble tasación de los dividendos, las Corporaciones S (la S remite a la subsección S del capítulo 1 del *Internal Revenue Code*), que no pagan impuestos sino que los transfieren en forma de dividendos a los accionistas de las empresas, se contabilizan como beneficios empresariales. Aumentaron considerablemente entre 2003 y 2007 y descendieron a partir de esa fecha.

No se puede atribuir la crisis a un “exceso de beneficios”. Ni el incremento de la explotación de la clase obrera estadounidense, ni el creciente reintegro de beneficios de China a los accionistas estadounidenses han podido detener la caída de la tasa de beneficio. Frente a sus propias contradicciones, el capital permanece más que nunca “sediento de plusvalías”, y su insaciabilidad ha constituido uno de los engranajes de la crisis que ha estallado en estos últimos meses.

Los efectos devastadores de la crisis

La crisis financiera y su transformación en crisis económica concierne en un principio –tanto en un sentido cronológico como de preeminencia– a EEUU. La idea que tanto se ha difundido de que EEUU, como potencia dominante, podía escapar a las contradicciones de la globalización del capital, aún siendo su epicentro, parece totalmente infundada y roza la ingenuidad. Por el contrario, estamos asistiendo a la excepcional conjunción de una crisis económica que no podía sino convertirse en mundial²⁵ y de una crisis de dominación (geo)política, exacerbada por el *impasse* de EEUU (y de sus aliados) en Iraq y Afganistán.

Los mencionados aspectos económicos y políticos se conjugan a su vez con las amenazas directas sobre las condiciones de supervivencia física de cientos de millones de personas “inútiles” a las que les resulta imposible el acceso a los recursos vitales –en el sentido literal– debido a la expansión mundial del capitalismo y de su modo de producción y de consumo.

El año 2008 inauguró una nueva coyuntura histórica y las rivalidades entre los países capitalistas –y por supuesto, hay que incluir a China– van a exacerbarse. Se habla mucho de la instauración de un “gobierno multilateral” del planeta, que saldría del “unilateralismo” practicado por el Gobierno de Bush. Dicho modo de abordar los asuntos no va demasiado lejos.

El “unilateralismo” estadounidense se ha adecuado a ciertas prácticas cooperativas no sólo en el ámbito económico, en el que las relaciones entre el capital financiero estadounidense y el europeo se han estrechado a lo largo de la última década y las reglas adoptadas suelen ser similares (por ejemplo, las normas de gestión empresarial orientadas para complacer a los accionistas, las normas contables basadas en el valor razonable), sino también en el ámbito militar, como demuestra la ocupación de Afganistán por la OTAN y las tentativas de organizar un reparto de papeles entre los países del “bloque atlántico” en Iraq.

²⁵ Nos quedamos perplejos ante la ignorancia de quienes, después de habernos explicado durante años que la globalización acrecentaba la interdependencia hasta el punto de hacer del mundo una “aldea global”, han podido creer (y dejar que se creyera) en la “disociación” primero de EEUU y Europa, y después del bloque de los países desarrollados y los países emergentes (entre otros China y la India).

Especial

Por el contrario, las rivalidades se han exacerbado y han dificultado la búsqueda y la realización de compromisos.

El aventurerismo de la política neoconservadora ha llegado a sus límites. La elección de Barack Obama lo demuestra. La nueva Administración se ha confrontado a una crisis cuyos efectos devastadores se están extendiendo.

EEUU debe enfrentarse a la devastación medioambiental provocada por el modo de producción y de consumo, cuyo signo más evidente es la bancarrota de los tres grandes fabricantes de automóviles. El intento de detener la espiral depresiva que se ha desencadenado desde hace unos meses constituye la principal urgencia del Gobierno de Obama. El recuerdo de la crisis de 1929 conduce a las autoridades políticas (Reserva Federal, Congreso y nueva administración) a la adopción de medidas que constituyen un salto hacia lo desconocido. El plan masivo de recuperación económica se efectúa al precio de una tremenda aceleración del endeudamiento presupuestario: el gasto presupuestario comprometido en distintos planes de apoyo y recuperación alcanzó el 6% del PIB en diciembre de 2008. La Oficina de Presupuesto del Congreso (CBO), agencia compuesta por los dos partidos del Congreso, estimó que la deuda federal debería pasar de 5,8 billones de dólares a finales de 2008 a 8,2 a finales de 2011.²⁶ El objetivo de tales medidas es salvaguardar las posiciones esenciales del capital financiero, pero sus efectos incontrolados, en particular en lo tocante a la inflación y al tipo de cambio del dólar, lo convierten en un ejercicio delicado. El refuerzo del proteccionismo también amenaza con mellar un poco más la frágil arquitectura de los intercambios comerciales internacionales.

Por tanto, la urgencia económica capta toda la atención del nuevo presidente estadounidense. No obstante, sería erróneo pasar por alto la dimensión militar y de seguridad. Desde 2001, los gobiernos han acelerado la instauración de medidas de seguridad en sus propios territorios. La crisis económica que se va agravando y las revueltas y manifestaciones de sus víctimas se han convertido en los nuevos pretextos para reforzar la seguridad frente a los “enemigos del interior”.

En semejante contexto de refuerzo de la seguridad, conviene tener en mente que el arraigo del militarismo y del complejo industrial militar y de seguridad constituye una de las “marcas de fábrica” del capitalismo estadounidense desde la segunda guerra mundial. El uso de la fuerza militar –a menudo basta simplemente con la amenaza– es parte integrante del modo de regulación de las relaciones internacionales. Y ha constituido una “ventaja comparativa” complementaria a otros puntos fuertes, como el papel del dólar. Dicha venta-

²⁶ Véase «The Budget and Economic Outlook: Fiscal Years 2009 to 2019», 8 de enero de 2009, publicado por la Oficina de Presupuesto del Congreso (CBO).

ja está muy lejos de desaparecer, aunque el estatus de “gendarme del capital” se ha vuelto más difícil de defender desde hace unos años.

Por otra parte, el bloque socioeconómico adosado al complejo industrial militar y de seguridad estadounidense dista mucho de estar difuminándose, y no aceptará fácilmente una disminución del gasto federal en distintas rúbricas (defensa, seguridad nacional, energía, espacio, etc.). Estas últimas conforman el fundamento de su prosperidad. Y, lo que es más importante, simultáneamente a los dramáticos efectos sociales de la crisis económica, ciertos informes del Departamento de Defensa subrayan el acrecentamiento de amenazas procedentes del interior del país. Un informe de un exoficial del ejército de tierra (publicado en la página web del mismo) destaca que «la extensión masiva de la violencia en el interior de EEUU constreñiría al aparato de defensa a reorientar sus prioridades urgentes con el fin de proteger el orden interior fundamental y la seguridad humana».²⁷

Otro estudio elaborado por los servicios de la Armada aún más explícito en cuanto a las relaciones entre la crisis económica actual y los desafíos de la seguridad nacional. Su autor no duda en hablar del “ajuste de cuentas” (*great reckoning*) que podría resultar del derrumbe económico, de la deuda impagada, etc.²⁸ Decididamente, el futuro del militarismo estadounidense no depende del “carisma” de Obama.

²⁷ Nathan P. Freier, «Known Unknowns: Unconventional ‘Strategic Shocks’», en *Defense Strategy Development*, Strategic Studies Institute United States Army War College, noviembre de 2008, p. 32.

²⁸ James Rickards, «Financial Threats to National Security», Johns Hopkins University Applied Physics, December 17, 2008.